



2 Pedro

2 Pedro 2:21-22

Programa No. 1102

2 Pedro 2:21-22

Continuamos avanzando hoy, amigo oyente, por la segunda epístola del Apóstol Pedro. Y vamos a leer en el capítulo 2, versículos 21 y 22. Estos versículos dicen:

²¹Porque mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que después de haberlo conocido, volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado. ²²Pero les ha acontecido lo del verdadero proverbio: El perro vuelve a su vómito, y la puerca lavada a revolcarse en el cieno. (2 Pedro 2:21-22)

En este capítulo se ha tratado de manera muy directa, por cierto, con la apostasía que vendría a la tierra y a la iglesia a través de las enseñanzas falsas. Falsos maestros se estaban introduciendo, estaban entrando a la iglesia en forma disimulada, y enseñando una doctrina falsa, es decir, aquello que es contrario a la Palabra de Dios.

El apóstol Pedro ha estado hablando de cómo ellos habían pervertido la verdad de Dios, y estaban haciendo esto para su propio beneficio. Una de las maneras por la cual se puede identificar a estos falsos maestros, y como Pedro lo presenta claramente, es que se ensalzan a sí mismos, en lugar de ensalzar a Cristo. Ellos no usan la Palabra de Dios, con la excepción de algunos versículos aislados que más o menos den la impresión que tienen un halo de piedad. Y usan palabras falsas. Aquí se los describe como personas que usan palabras infladas y vanas. Utilizan palabras altisonantes. Tratan de impresionar a la gente de que son muy intelectuales. Y luego hacen algo más. Están interesados en ganar mucho dinero, y dicen que ellos pueden cambiar a la gente. Ya vemos que quizá tengamos problemas por decir esto, pero, opinamos que usted debe examinar cuidadosamente a cualquiera que dice tener algún poder sobrenatural para sanar, para hacer cosas o hacer milagros. Convendría revisar eso cuidadosamente, amigo oyente.



2 Pedro

2 Pedro 2:21-22

Programa No. 1102

Hay veces que una de las cosas que los identifica es que viven en el pecado y la lujuria secretamente. Usted y yo no podemos luchar contra ellos. Y no estamos tratando de hacer eso. Simplemente estamos tratando de desenmascararlos. Pero, un día Dios los va a desenmascarar.

Luego Pedro concluye eso diciendo que en realidad hubiera sido mejor para ellos, no haber llegado a conocer el camino de la justicia. Hubiera sido mucho mejor para ellos no haber llegado a conocer a Cristo, que apartarse del evangelio.

Posiblemente usted nos haya oído mencionar algo que no es originalmente nuestro. El Dr. Gaebelein acostumbraba a decir algo que era muy efectivo y muy cierto. Cuando él predicaba, al concluir su mensaje decía: “Mi amigo, si usted está aquí en el día de hoy y ha entrado como una persona incrédula, no ha sido salva y sale de este lugar de la misma manera, entonces yo soy el peor enemigo que usted pueda tener; porque usted ya ha escuchado el evangelio, y usted nunca puede ir a la presencia de Dios y decirle a Él que nunca ha escuchado el evangelio, porque sí lo ha escuchado. Y esto es peor para usted, que para un pagano en el lugar más tenebroso de esta tierra”. Ahora, no vamos a hablar aquí de los paganos, sino que estamos hablando de ese pagano que está sentado en una iglesia hoy, y rechaza el evangelio de Jesucristo.

Hay algunos que llegan a ser muy religiosos. El apóstol Pedro se refiere a ellos utilizando la palabra “perro”. Y no hay nada que ocupe un lugar más bajo que un perro. *El perro – dice Pedro – vuelve a su vómito. Piense en eso, amigo oyente. Y la puerca lavada a revolcarse en el cieno.*

Simón Pedro es quien nos presenta la parábola del “puerco pródigo”. Quizá usted no ha escuchado antes en cuanto a la parábola del “puerco pródigo”, pero aquí la tenemos. Y por supuesto, se basa en la parábola del “hijo pródigo”. Usted recuerda que el Señor Jesucristo fue quien mencionó esa parábola, es decir, la del “hijo pródigo”. Es una de las mejores parábolas que Él presentó. Hay aquellos que toman una posición extrema y dicen que “uno no puede predicar el evangelio de esa parábola”.



2 Pedro

2 Pedro 2:21-22

Programa No. 1102

El autor de estos estudios bíblicos, el Dr. J. Vernon McGee, relataba que la primera ocasión en que él pasó al frente en una reunión, fue en una pequeña ciudad, en la zona sur del estado de Oklahoma, en los Estados Unidos, llamada Springer. No es un lugar muy grande hoy, según se cuenta, y, por cierto, no lo era en su día. Pero él pasó al frente y se arrodilló, y todo lo que él podía recordar de esa noche, es que el predicador habló en cuanto al Hijo Pródigo. Él recordaba las figuras retóricas que el predicador utilizó. Y él decía que estaba convencido de que ese fue un mensaje muy efectivo, y con certeza otras personas fueron salvas; pero que nadie se preocupó por explicar algo en cuanto al evangelio, y el Dr. McGee no llegó a comprenderlo esa noche, aunque su corazón estaba abierto para eso. Más adelante, contaba el Dr. McGee, su vida demostró que él no había sido realmente salvo en esa ocasión. Aquel predicador tomó al Hijo Pródigo y lo llevó a través de clubes nocturnos y lugares pecaminosos, y todos los santos esa noche pecaron en forma vicaria; sin embargo, ese fue un mensaje muy convincente, por cierto.

Ahora, el hijo pródigo, amigo oyente, no demuestra cómo un pecador puede llegar a ser un hijo, sino cómo un hijo llega a ser un pecador. Es una historia conocida y no vamos a entrar en detalles. Pero usted recuerda que había un padre que tenía dos hijos. Uno de esos hijos, el más joven, quería irse a un lugar apartado. El Dr. Streeter indica que ese es el pecado de proximidad. Con esto se quiere indicar que las cosas que están cerca, a la mano, no son tan atractivas como los lugares retirados, que tienen cierta atracción. Esos lugares tienen cierto encantamiento. Tienen algo que parece realmente maravilloso. Y después de todo, opinamos, que la principal atracción del pecado es el misterio. Hay un dicho trivial que dice que el pasto es verde del otro lado de la cerca. Y esa es la historia de este muchacho. Él se apartó de su hogar y se fue a divertir. Tenía bastante dinero, y con él logró muchos “amigos”, pero cuando se acabó el dinero, tuvo que salir a buscar trabajo, y tuvo que trabajar para un hombre que tenía cerdos. Estamos seguros que cuando el Señor Jesucristo dijo eso, los publicanos y los fariseos se estremecieron porque un joven judío nunca podía descender más bajo que eso, es decir, él había descendido a lo más bajo que se podía descender. Podríamos decir que este joven estaba



2 Pedro

2 Pedro 2:21-22

Programa No. 1102

usando drogas, se había entregado al sexo, y había hecho las peores cosas que podía haber hecho. Este joven fue a parar a la pocilga.

Ahora, podemos hacernos esta pregunta: ¿Qué se puede decir en cuanto a este muchacho? Alguien le hizo al Dr. Remner, la siguiente pregunta: “Supongamos que el muchacho hubiera muerto en la pocilga, ¿qué hubiera sucedido entonces?” Y el Dr. Remner contestó: “Bueno, si él hubiera muerto en la pocilga, hubiera ocurrido algo seguro, él nunca hubiera llegado a ser un puerco muerto. Él era un hijo. Él era un hijo cuando dejó su hogar, y era un hijo cuando llegó a ese país apartado, alejado. Él era un hijo cuando estaba viviendo en pecado, y él es un hijo cuando llega a la pocilga. Y ya que él era un hijo, él tenía que hacer una declaración algún día. Y ningún cerdo podía haber hecho eso. Él dijo: Mi padre se encuentra en esa gran casa, tiene siervos que están viviendo mejor de lo que estoy viviendo yo. Y yo soy su hijo, y estoy viviendo aquí entre los puercos; y él dijo: *Me levantaré e iré a mi padre*. Ahora, ningún cerdo podía decir eso, a no ser que se esté dirigiendo en la dirección opuesta”.

La siguiente pregunta que nos hacemos es: ¿Qué va a hacer el padre con este muchacho? Bueno, según la ley de Moisés, y no vamos a buscar esto, pero se menciona allá en Deuteronomio, capítulo 21, versículos 18 al 20. Ese muchacho debería haber sufrido la muerte por apedreamiento. Bueno, amigo oyente, eso no fue lo que ocurrió. Él regresó a su hogar y comenzó su confesión. Él dijo: *Padre, he pecado contra el cielo y contra ti*. Pero él no pudo terminar de decir todo lo que quería. Su padre no le permitió eso. En lugar de decir lo que uno esperaba que él dijera, por lo menos uno esperaba que el padre hubiera dicho a un siervo: “Anda y córtame algunas ramas de nogal y tráelas aquí y voy a darle una paliza a este muchacho que no se olvide jamás. Él ha arruinado mi nombre, ha gastado mi dinero, y ha desperdiciado su tiempo. Ha estado en el pecado, y le voy a enseñar una buena lección”. Pero, eso no fue lo que ocurrió, amigo oyente. Usted recuerda que ese muchacho recibió, por así decirlo, su castigo cuando vivió en esa *provincia apartada*. Todos los pródigos reciben su castigo cuando se encuentran lejos del hogar.



2 Pedro

2 Pedro 2:21-22

Programa No. 1102

Cuando ellos regresan al Padre Celestial, siempre hay un banquete preparado para ellos, y un vestido nuevo y un anillo. Y se nos dice que comenzó una gran fiesta. La diversión se encuentra en la casa del padre, y nunca estaba en la pocilga.

Lo interesante de todo esto es que el Apóstol Pedro dice: la *puerca lavada*. Esa puerca que ya había sido lavada estaba bastante limpia, dice, y regresa a *revolcarse en el cieno*. Así es que, nosotros podemos agregar algo a la parábola del hijo pródigo, y es lo que este cerdito le dijo al hijo pródigo: “Hijo pródigo, ¿tú quieres dejar esta pocilga tan hermosa? ¿Quieres abandonar este cieno tan lindo que tenemos aquí, y quieres regresar a la casa de tu padre? Bien, eso parece algo bueno, y yo creo que voy a regresar contigo”. De modo que el hijo pródigo le dijo a este cerdito: “Bueno, tú puedes ir allí conmigo, pero las cosas van a ser bastante diferentes. Vas a tener que lavarte”. Así es que, cuando llegaron allí, usted recuerda que cuando el padre abrazó al hijo pródigo, él dijo que le vistieran con un vestido nuevo. Él pudo darse cuenta de la suciedad de las ropas de su hijo, y la necesidad más grande de este joven, era que se diera un buen baño. Así es que, en realidad quería decir, que le prepararan el baño y que le dieran ropa limpia y nueva. El aroma de este joven no era lo más apropiado para una casa, y no podía vivir así.

Ahora, este cerdito que va con él también es lavado. Le ataron una cinta al cuello, cepillaron sus dientes con la mejor pasta dentífrica, y el cerdito pudo recorrer alegremente esa casa. Pero no pasó mucho tiempo, quizá un par de días, cuando el cerdo con una mirada triste se acercó al hijo pródigo y le dice: “Oye, hijo pródigo, no me gusta vivir aquí” y este muchacho le contesta: “¿Por qué? Aquí estamos pasando el mejor tiempo que he pasado en mi vida. Tú regresaste al hogar cuando viniste conmigo, y ahora dices que no te gusta aquí. ¿Qué es lo que te sucede? El cerdo entonces le contesta: “Bueno, no me gusta esta idea de tener sábanas blancas y limpias en la cama. Si yo pudiera ir a dormir a un lugar donde hubiera bastante fango, un buen charco, eso sería mucho mejor”. Y el hijo pródigo le dice entonces: “Bueno, nosotros no tenemos eso en la casa de mi padre, aquí uno no puede vivir en la pocilga. Sencillamente no se puede hacer”. Y el cerdo le dice entonces: “Y otra cosa que no me gusta



2 Pedro

2 Pedro 2:21-22

Programa No. 1102

es eso de sentarme a la mesa, y tener que usar cuchillo y tenedor, y tener un mantel blanco, y tener que comer de un plato. ¿Por qué no se puede poner toda la comida en el piso? Entonces, yo podría meterme allí y entonces, sí tener una buena comida, por cierto”. “Bueno”, le dijo el hijo pródigo, “nosotros no hacemos eso”. Y el cerdo dijo: “Bueno, me levantaré e iré a la casa de mi padre”.

Y, amigo oyente, el padre de este cerdo no estaba en esa casa y él tuvo que dirigirse a su propio hogar. Él había sido lavado, pero cuando regresó a su casa vio que su padre se encontraba en la pocilga, y ese era un lugar inmundo, por cierto. Sucio, maloliente, y allí se encontraba el padre de este cerdo. Él se dirigió rápidamente a ese lugar, se metió en el fango y le dijo a su padre: “Viejo, ¡qué contento estoy de haber regresado al hogar!” Y, ¿sabe por qué, amigo oyente? Porque él era un cerdo. Y este pequeño cerdo regresó a la casa de su padre. La casa de ellos era la pocilga. Y este cerdo dijo: “En la otra casa no podía cruzar el umbral, por eso es que me gusta regresar a la pocilga”.

Ahora, esto nos presenta un problema. El autor de estos estudios bíblicos, el Dr. J. Vernon McGee contaba que él tuvo el privilegio de ser el Pastor de una iglesia muy grande en la ciudad de los Ángeles en el estado de California, después del año 1949. Esa era una época cuando comenzaba a ensancharse la población del estado de California. Se construían casas por todas partes, y la población se multiplicaba una y otra vez. La gente venía de todas partes, y había mucho entusiasmo durante ese período de tiempo. Él decía que siempre le agradeció al Señor por haberle dado el privilegio de estar en esa posición tan importante, en esa época. Y por cierto que fue una época muy buena. Él vio a mucha gente que aceptaba al Señor. Pero siempre existía algún problema, y el problema más grande era este: Que era muy difícil separar a los cerdos, de los verdaderos creyentes que habían aceptado a Cristo. Era una tarea muy difícil, decía él y encontró que era algo bastante confuso. También era una época cuando se comenzó la construcción de grandes carreteras, y él descubrió que en un punto del camino se encontraba la pocilga, y en el otro, la casa del Padre. Y había muchos hijos pródigos que estaban regresando a la casa del Padre, y él pudo conversar con muchos de ellos.



2 Pedro

2 Pedro 2:21-22

Programa No. 1102

Y dice que en cierta ocasión pudo conversar con el hijo de un predicador que fue a visitarle; un joven elegante y apuesto. Él fue a Hollywood para tratar de obtener una posición en el cine, pero aun cuando tenía cierta atracción, le faltaba ese carisma que se necesita, y no pudo lograr una buena posición. Ahora, sus amigos tampoco eran de lo mejor, y entonces este joven comenzó a beber. En cierto punto en su vida, se dio cuenta que se estaba hundiendo, y que era un hijo pródigo. Eso no le gustó a él, así es que fue a conversar con el Dr. McGee y le dijo: “Mi padre es un hombre maravilloso y yo no me he comportado como debiera. Yo no sé cómo me va a recibir mi padre si regreso a la casa. No sé si debo regresar o no”. Y el Dr. McGee le preguntó si él podría llamarle por teléfono al padre de este joven, y este joven le dijo que estaba bien, que lo hiciera. El Dr. McGee le dijo: “Si tu padre no quiere hablar contigo, pues, colgaremos el teléfono”. Y este joven respondió: “Está bien”. De modo que, llamaron al padre por teléfono. Éste contestó, y era un Pastor muy amable. Luego de presentarse y decir quién era, el Dr. McGee se dio cuenta que el Pastor se preguntaba ¿por qué el Dr. McGee le llamaba? Y el Dr. McGee le dijo que tenía allí en su oficina a alguien que quería conversar con él. Y el Pastor sabía quién era. Él sabía que su hijo no era un cerdo, era su propio hijo. Y ese padre preguntó si era su muchacho, y el Dr. McGee le dijo que sí, y entonces pidió hablar con él. Y el joven comenzó a sollozar, y de seguro que el padre también derramó lágrimas cuando habló con su hijo. Y luego de la conversación el joven dijo: “¡Me voy a casa!”

Ahora, esto es algo bastante confuso, porque a veces los hijos pródigos están del otro lado del camino, dirigiéndose a la pocilga. Y lo que hace la cosa confusa, es que a veces el cerdo sale de la pocilga y quiere ir a la casa del Padre, pero él es un cerdo. Y él se dirige a este lugar y se limpia bien, y luego se convierte en una persona muy religiosa, y quizá es el cerdo más grande en la iglesia. Y uno no puede darse cuenta de la diferencia, porque de afuera él está muy limpio. Sin embargo, por dentro, él tiene corazón de cerdo. Y el cerdo ama el cieno, ama el lodo, ama el fango. Y por cierto que es muy confuso cuando los cerdos se están dirigiendo en una dirección y en la otra, y también los hijos pródigos están viajando en ambas direcciones.



2 Pedro

2 Pedro 2:21-22

Programa No. 1102

En cierta ocasión una señora se acercó a su Pastor y le dijo que ella conocía a un joven que ahora era divorciado y que su esposa se había apartado también de los caminos del Señor, y que, en una época, ese hombre era superintendente de la Escuela Dominical, y también era un diácono. Y esta señora preguntaba: “¿Es ese hombre salvo, o no lo es?” Y el Pastor le dijo que él no sabía. Y ella le dijo: “Usted es un predicador y ¿no sabe si ese hombre es salvo o no lo es? Y el Pastor le dijo que no, que no sabía. No podía saber si él era una cosa o la otra, porque solo podía observar la parte de afuera. Lo único que el Pastor le pudo decir es que él vivía en una zona metropolitana donde existe este gran camino que es recorrido por los hijos pródigos y por los cerdos. Y en un punto del camino se encuentra la casa del padre, y en el otro punto, se encuentra la pocilga. Y dijo el Pastor, yo he aprendido esto, que, si uno espera el tiempo suficiente, todos los cerdos regresan a la pocilga y los hijos pródigos van a regresar a la casa del padre. Todo lo que tiene que hacer uno es esperar. Si ese hombre continúa viviendo en la pocilga que usted menciona, entonces, ya sabe lo que él es. Él es un cerdo, porque el cerdo ha sido lavado y ahora regresa otra vez a revolcarse en el cieno.

Eso es lo que el apóstol Pedro nos dice. Esa es la señal de la apostasía. Es por cierto un cuadro terrible el que nos presenta, y no podemos encontrar otro cuadro que sea más terrible que este en la Palabra de Dios, con la excepción del capítulo 17 de Apocalipsis. Y estaremos listos, más adelante, para estudiar ese capítulo. Y con esto, amigo oyente, llegamos al capítulo 3 de esta segunda carta del apóstol Pedro, con el cual podemos dar comienzo a nuestro próximo programa.

Mientras tanto, amigo oyente, le sugerimos leer todo este capítulo 3 de la segunda epístola del Apóstol Pedro para estar familiarizado con su contenido; de esta forma el estudio de esta epístola será de mayor comprensión para usted.